

Cruce de poderes en la vida de Camila O’Gorman

Prof. María Laura Spoturno

I. INTRODUCCIÓN

Enrique Molina (1916-1996) es hoy considerado uno de los poetas argentinos más importantes del siglo XX. Se lo reconoce como uno de los exponentes indiscutibles e ineludibles de la generación del '40 y del surrealismo argentino. Su obra poética fue elogiada por sus contemporáneos por su fineza distintiva; su narrativa cuenta con una sola novela *Una sombra donde sueña Camila O’Gorman*¹ cuyo estilo puede definirse con justicia aludiendo a las palabras de Octavio Paz: la poesía de Molina “*al modo de un cuchillo, no describe, se hunde en la realidad*”.

En este trabajo, analizaremos la novela de Enrique Molina *Una sombra donde sueña Camila O’Gorman*. Intentaremos mostrar que en esta novela histórica, la historia es narrada con el más exquisito lenguaje poético y respeto por la verdad histórica.

Esta novela pone de manifiesto una de las grandes tensiones del siglo XIX en Argentina: el entrecruzamiento de los poderes religioso, familiar y político. Asimismo, se evidencia el conflicto entre las esferas pública y privada en la ausencia de una separación clara de estos planos. En la sociedad porteña del siglo XIX, conviven los discursos propios de los distintos poderes y el gran discurso de la hipocresía. La existencia del opuesto también es cierta: Camila profesa el discurso del Amor, de la Poesía.

Nuestro análisis se organizará de la siguiente manera: nos introduciremos brevemente al género de la novela histórica con el propósito de definirlo, comprender la necesidad de su origen y determinar algunas de las características más salientes de nuestro texto; el análisis de la novela se estructurará a partir de la descripción de las instituciones de la Ley, la Iglesia y la Familia en la sociedad porteña del siglo XIX según las presenta el poeta en su obra.

2. EL GÉNERO

“El historiador y el poeta difieren en el hecho de que uno narra lo que ha sucedido y el otro lo que puede suceder”².

La preocupación por establecer el modo en que la historia y la literatura se relacionan y los discursos que reúnen en su interior ha sido crucial durante el siglo XX y parte del XIX. Los estudios del lenguaje, la crítica literaria y la historiografía así lo han demostrado³. En el centro de esta necesidad aparente de determinar los límites de una y otra disciplina está implícito, entre otras cosas, el estatus de la Verdad. ¿Es posible que la realidad del historiador y la del poeta sea una misma verdad? ¿Es factible hablar de la verdad del poeta?

Consideramos que la revisión crítica realizada por Minellono (1997) en su artículo “Literatura e Historia” es significativa y pertinente a este debate. La Dra. Minellono señala que desde la *Poética* de Aristóteles hasta mediados del siglo XIX, los postulados teóricos sobre la distinción Historia/Literatura del filósofo permanecieron prácticamente intactos. Esta distinción se ha plasmado en textos que resaltan el carácter ficcional del texto literario y otros que por el contrario tienen rasgos objetivos y verificables, situados en un espacio, tiempo y lugar reconocibles (1997:290).

En los siglos XIX y XX, comienzan a aparecer textos que ya no pueden explicarse atendiendo a la categorización aristotélica y cuya narrativa responde más a “la incidencia fáctica (de los hechos históricos) sobre el presente del autor y sus lectores” (1997: 290) que a la necesidad de narrar una “historia verdadera”. Este nuevo modo de contar la historia se constituye en el género de la novela histórica que conoce su primer exponente en la obra de Walter Scott.

Es de gran interés destacar la siguiente observación de Minellono: “*en la novela histórica, los hechos del pasado son un pretexto para interrogar e interpretar el presente de la escritura*” (1997: 290-1). En este sentido, creemos que la novela de Molina, que condena el brutal asesinato de una joven, anticipa el peor período de nuestra historia y la muerte de muchos seres fatalmente condenados a la Poesía como Camila O’Gorman.

La novela histórica puede definirse de muchos modos. Sin embargo, algunos autores prefieren establecer un criterio temporal distintivo. Menton (1993) señala que debemos utilizar la categoría de novela histórica para referirnos a las novelas cuya acción se ubica predominantemente en el pasado con respecto a la vida del autor (1993:32-3). Nosotros consideramos esencial remitirnos también a la observación de Minellono para completar esta definición. El género surge a partir de la necesidad del hombre de comprender su presente mediante la integración del pasado.

Según Seymour Menton, a partir de la publicación de *El arpa y la sombra* en el año 1979 de Alejandro Carpentier, se puede hablar de una nueva vertiente dentro del género de la novela histórica, que se ha denominado la Nueva Novela Histórica (NNH).

Menton indica que en algunos casos no es sencillo establecer si un texto pertenece al género de la novela histórica tradicional o al de la NNH.

Entendemos que la novela de Molina constituye una novela histórica de transición en tanto evidencia muchos de los rasgos distintivos de la NNH propuestos por Menton. Aquí no nos interesa analizar el texto para dirimir cuestiones genéricas, simplemente mencionaremos las características de la NNH que pueden encontrarse en la novela de Molina. Estas características son: la presentación de algunas ideas filosóficas, el carácter cíclico pero a la vez imprevisible de la historia; la distorsión de la historia y las exageraciones; la ficcionalización de personajes históricos, la intertextualidad, el dialogismo y los elementos carnavalescos.

3. LOS TIEMPOS DE CAMILA O'GORMAN

“Una sociedad que no perdona el amor haría de ella su víctima más injusta” (Molina:145)

Camila O’Gorman es pintada por la pluma de Molina como un ser que irradia luz, magia y amor. Una criatura mítica cuya historia es ejemplar, remota y actual y cuyo destino está signado al estilo de la *moira* griega. Pero Camila no es un personaje mitológico; fue una joven que vivió y amó y que se atrevió a todas las aspiraciones de la poesía. Por ello fue brutalmente condenada.

¿Quién condena a Camila O’Gorman? ¿La Ley, la Religión, o su propia familia? No existe ninguna explicación sensata para la muerte de un inocente pero sí existe un contexto de injusticia, crueldad y violencia que convalida y hace por tanto posible este hecho. Veamos brevemente cuáles son las características preponderantes de la sociedad que en 1828 vio nacer a Camila O’Gorman y en 1848 la dejó morir en un paredón de fusilamiento.

En la Argentina del siglo XIX de caudillos y gauchos, unitarios y federales, terratenientes y doctores existía un denominador común: la violencia. Así lo señala Molina en la primera parte de su novela. Rosas es la cabeza del Poder. Durante los dos períodos de gobierno (1829-1832 y 1835-1852) goza de la suma del poder público- condición que exige para ejercer el poder. La religión juega un papel importantísimo en esta sociedad. Debemos considerar que la única condición que se impuso a Rosas fue asegurar la defensa de la Religión Católica Apostólica Romana, la cual debía constituirse en una

causa nacional.

Siendo la Argentina un país de tradición agropecuaria, se plantea una dicotomía entre el ámbito rural y el ámbito urbano. Sarmiento entiende los términos de “civilización” y “barbarie” con relación a estos dos ámbitos, lo cual le impide realizar una interpretación adecuada de la situación de la Argentina. En esa sociedad, Rosas representó la cultura agropecuaria de Buenos Aires y no una aberración intelectual. Rosas, que era un eximio jinete y conocía y amaba el campo, supo ganarse el respeto de la gente dentro de ese marco cultural (Panettieri y Minellono: 2002:109).

Es importante mencionar que en la década del '30, surge un grupo de jóvenes intelectuales que recibe el nombre de Generación Romántica o Generación del '37 que intenta realizar una propuesta estética auténtica y nacional y un proyecto de país que atienda a las necesidades sociales del país en formación y que encuentre su fundamento en un sistema filosófico-político con bases de reflexión locales. Se busca dejar de mirar hacia el extranjero y comenzar a construir una nación autónoma. Como señalan Panettieri y Minellono, en la literatura se evidencia una acentuación del “color local” y el tratamiento de los personajes del propio medio.

Esteban Echeverría, uno de los principales exponentes de esta generación, redacta el *Dogma Socialista de la Asociación de Mayo* que se edita por primera vez en 1839 y alcanza su forma definitiva en 1846. Aquí Echeverría plantea la necesidad de fundar la nación a partir de las propias riquezas culturales.

En este mismo texto, Echeverría caracteriza críticamente a los unitarios y federales; los primeros constituyen una “minoría vencida, con buenas tendencias, pero sin bases locales de criterio socialista” y arrogante, mientras que los segundos son “la facción vencedora, que se apoyaba en las masas populares y era la expresión genuina de sus instintos semibárbaros”. Acompaña a esta descripción la evocación de los elementos típicos de uno y otro grupo: el frac y los libros unitarios por un lado y las masas populares y su jefe por el otro. (Panettieri y Minellono: 113-4).

Coincidimos con los profesores Panettieri y Minellono en el carácter recurrente de esta asociación. El desencuentro de los intelectuales y las masas es parte del proceso cíclico de nuestra historia. Las grandes mayorías se ven reunidas emocionalmente bajo la “figura carismática del hombre fuerte, generalmente imbuido de una actitud paternalista y/o demagógica” (Panettieri y Minellono: 114). Esta cuestión se evidencia en muchos períodos de nuestra historia y conlleva además la oposición disyuntiva entre las actividades intelectuales y las manuales.

3.1 La Ley, la Iglesia y la Familia

“Como es natural, la Familia, la Iglesia y el Poder debían fulminar a una criatura que transformaba en éxtasis toda transgresión hecha en nombre del amor, capaz de ser libre.” (Molina: 21)

Es muy difícil establecer una división clara entre los discursos y hechos de cada uno de estos sectores sociales en la comunidad porteña del siglo XIX. Consideramos que la Ley, la Iglesia y la Familia se manifestaron en complejas e intrincadas relaciones de poder, ambiciones y egoísmos. Rosas debía brindar su apoyo a la Iglesia Católica pero era consciente de que éste era el modo más sencillo para obtener el apoyo de esa institución que se traduciría en la ejecución y convalidación de muchos de los actos de gobierno.

Estratégica y gradualmente, el discurso del poder comenzó a resemantizarse y la obligación que Rosas tenía con la Iglesia Católica se volvió una deuda recíproca. Al respecto, Panettieri y Minellono (2002:123) citan un fragmento de *El Restaurador Federal* del año 1842 en el que se insta a los sacerdotes de la santa Iglesia a que califiquen a los “salvajes unitarios” como enemigos de Dios y de la santa religión católica.

Como dijimos anteriormente, la esfera pública tiene injerencia y muchas veces orienta la esfera privada. Las causas para este fenómeno son múltiples pero en todos los casos se repite el tema de la ambición y la extralimitación para obtener más poder y prestigio social, político o religioso.

La institución de la familia no está libre de estas cuestiones. En tanto célula básica de la sociedad, es parte fundamental en el desarrollo de los procesos sociales, políticos y religiosos de la sociedad porteña del siglo XIX. La configuración de la familia es fuertemente patriarcal. El lugar de la mujer es el de la esposa y está limitado a las tareas domésticas, la práctica de la religión, el cuidado de los hijos y del esposo. El hombre por su parte cuenta con beneficios sociales de todo tipo ya que puede ejercer abiertamente el discurso de la Hipocresía. Sin la constitución particular de la familia, su apoyo incondicional y el ineludible entrecruzamiento de poderes, la muerte de Camila probablemente nunca hubiera sido un hecho.

En su maravillosa novela, Molina nos embarca en un viaje a través del tiempo y del espacio. Con su prosa fina y sensual recorreremos las calles de Buenos Aires, navegamos ríos turbulentos de los siglos XVIII y XIX, percibimos los olores y esencias distintivos de

los continentes y de las provincias, vemos los colores del cielo, sus moradores y sus gobernantes; sentimos con los personajes y asistimos a su pasado que también es el nuestro. El sueño que sueña Camila O’Gorman se vuelve nuestro con el correr de las páginas al tiempo que su verdad se hace evidente.

Creemos que a partir del estudio de ciertos fragmentos de la novela de Molina podremos caracterizar los discursos del poder político, religioso y familiar, lo cual nos permitirá obtener una imagen más acabada de la sociedad porteña del siglo XIX que permitió la muerte de Camila O’Gorman.

3.1.1 Poder político

El discurso político reviste una crueldad inigualable porque es el discurso con mayor poder para ejecutar acciones: es el discurso del odio, del no-amor. La violencia- desatada y latente- es otro de sus rasgos constitutivos y se extiende a todos los sectores de la sociedad; constituye “*el verdadero clima de la República*” (Molina:15).

Las leyes humanas y divinas que rigen la existencia de esa sociedad condenan a Camila, a su amor. Es interesante advertir nuevamente que los poderes se cruzan ya que las leyes humanas son las del Estado y también las de la Familia. El discurso de la Hipocresía subyace a todos estos discursos como una fuerza unificadora.

Camila es verdaderamente transgresora. Su amor derriba todos los discursos del poder. Al amar a un sacerdote, comete un pecado gravísimo que debe ser condenado y expiado. La Iglesia no puede permitir esas expresiones abiertas de debilidad, de humanidad; sus leyes deben cumplirse. La Familia se ve insultada por Camila; los deseos y ambiciones del *pater* no han sido considerados por la niña. Estos deseos son más fuertes que su amor porque representan la relación de pertenencia: Camila pertenece a su padre y éste luchará porque su “*crimen atroz*” sea castigado con la mayor severidad. La Ley elige un castigo nuevo para restablecer el orden. Camila es la primera mujer que recibe el castigo del fusilamiento en Argentina.

En el momento de analizar las razones que llevaron a Rosas a elegir este castigo cruel, surge una polémica e interrogantes que nunca se develarán por completo. La muerte de Camila O’Gorman acompaña a Rosas hasta su tumba, como una mancha indeleble. Molina documenta en su novela que sólo siete días antes de su muerte y veintidós años después del fusilamiento, Rosas escribe una carta a Federico Terrero en la que aclara que la muerte de Camila respondió a su sola decisión y que debe entenderse dentro del contexto político en que la tomó. El objetivo de esta carta, entre otros,

fue desvincular al jurista Vélez Sarsfield de este hecho y atribuirse la autoría indiscutible del feroz crimen de su gobierno. De alguna manera esto fortalecería la autoridad de su discurso en el umbral de la muerte (Molina: 277).

También debemos considerar la voz de un contemporáneo unido por lazos familiares al Gobernador de Buenos Aires. En su obra *Rosas*, Lucio V. Mansilla señala algunas contradicciones en la carta mencionada. Rosas dice que actuó por su propia conciencia sin que mediara la influencia de ningún sector. A renglón seguido, agrega que recibió la carta o visita de “las primeras personas del clero que solicitaron un castigo ejemplar para “prevenir otros escándalos semejantes” (Mansilla: 1964: 131). La conclusión de Mansilla condena a Rosas ya que entiende que el gobernador: “no tenía idea de la justicia, noción pura como la belleza ideal” (Mansilla: 133) y la atribución del crimen desde el exilio se relaciona con cuestiones patrimoniales. Rosas no quiere comprometer a Vélez Sarsfield ni a otras figuras influyentes porque está preocupado por la liberación de sus bienes confiscados y por “servir a Dios sin ofender al diablo” (Mansilla: 133).

Es interesante cotejar la opinión de Ramos Mejía (1953) respecto de este episodio del gobierno de Rosas. Ramos Mejía sugiere que debemos entender el fusilamiento de Camila O’Gorman a partir del contexto político- social. En los años 1847 y 1848 comenzaron a manifestarse ciertos fenómenos sociales preocupantes para el Restaurador. En el pueblo se percibían signos de malestar y rebeldía, especialmente en las mujeres que parecían manifestar sus pasiones con cierta libertad.

En estos dos años, el archivo de policía registra un claro aumento de delitos vinculados al sexo: violaciones, raptos, asaltos, etc. Señala Ramos Mejía que la docilidad y sumisión de otros tiempos comenzaba a transformarse en un “vago sentimiento de rebelión” que podía alterar la estructura familiar. Si consideramos que la familia reproducía de alguna manera el modelo del discurso político, entonces la necesidad de aquietar cualquier pasión en el seno familiar se vuelve esencial para sostener este discurso.

Se registra también un alto número de riñas y desacatos a la autoridad federal. La crisis del sistema se aproximaba. A pesar de las ejecuciones diarias, la plebe había perdido el miedo a la autoridad, hombres y mujeres desfilaban ebrios por las calles porteñas, los alcaldes no enarbolaban la bandera federal, se apedreaba a la policía, se falsificaba la moneda, aumentó el número de mujeres en la cárcel, y surgieron los primeros ladrones de iglesias.

Todos estos factores contribuyen a una crisis del poder inminente. El orden debía ser restablecido mediante un nuevo recurso que surgiera de la disciplina que sólo el terror y la violencia pueden aportar. Ese terror, como dice Ramos Mejía, “para ser

eficaz debía dar la nota mayor de la tragedia y ser original para los corazones curtidos". Así, Rosas elige a una pareja que vive un amor prohibido: una niña de sociedad y un sacerdote. Con el fusilamiento de Camila y Gutiérrez, Rosas no obtuvo el efecto deseado. Por el contrario, este hecho le significó cierto debilitamiento político. Las mujeres se apropiaron de la historia de Camila y soñaron con ella por siglos.

En la novela, todas estas razones son contempladas. El nivel y calidad de documentación e investigación de Molina son notables. Como él mismo dice, ha incluido en este texto documentos inéditos y ha aportado datos hasta ese momento desconocidos. La confrontación de fuentes históricas alcanza uno de sus picos máximos justamente al intentar encontrar una explicación para la injusta muerte de Camila.

Al citar la voz del historiador Manuel Gálvez, Molina transcribe algunas de sus palabras: "Rosas la fusila para salvar a la sociedad toda, por un noble motivo" (Molina:279; Gálvez:1965:427). Siempre es bueno enfrentar distintos puntos de vista sobre un mismo tema. Creemos que la voz de un historiador rosista nos permitirá abordar el hecho desde otra perspectiva, si bien la duda respecto de los motivos permanecerá.

En primer lugar, Gálvez cuestiona el embarazo de Camila y sugiere que pudo ser una excusa de Camila y el médico de Santos Lugares para salvarla. Su conclusión es que debemos examinar la situación prescindiendo de ese dato. Como se sabe, las leyes penales del siglo XIX autorizaban el fusilamiento del clérigo sacrilego Uladislao Gutiérrez. Por esa razón su muerte no se cuestiona tanto; al menos respondía a un orden preestablecido y no a un instinto salvaje: la muerte de Camila no puede justificarse mediante ninguna ley humana o religiosa.

La vacilación del Restaurador puede rastrearse en muchos documentos. Gálvez opina que el fusilamiento no fue la decisión original de Rosas. Como lo señala Molina, hubo en un punto un cambio de rumbo que Gálvez explica a partir de tres causas principales: la opinión de los juristas de la época, entre ellos Vélez Sarsfield, el pedido del Clero, la influencia y actitud de los unitarios a través de *El Comercio del Plata*, periódico en el que se manipuló este hecho. La duda permanece ya que el propio Rosas negó la influencia de cualquier figura política o religiosa en una carta que si bien es contradictoria, confirma la responsabilidad exclusiva de todos sus actos de gobierno. Por otra parte, es improbable que la presión de la prensa haya sido concluyente ya que Rosas no se dejaba influenciar por las opiniones de los medios que intentaban perjudicarlo.

Gálvez concluye que Rosas actuó inspirado por razones morales exclusivamente y argumenta que el hecho de que Camila perteneciera a la "buena sociedad" agravaba el asunto ya que podía constituirse en el ejemplo de otras jovencitas. Rosas no quiere que

las mujeres desobedezcan las leyes divinas ni las humanas. Dice Gálvez: “Condenemos su exceso pero reconozcamos la excelencia de sus móviles” (Gálvez: 427).

En esta justificación que ensaya Gálvez es la convergencia del poder de la Ley, la Iglesia, la Prensa junto con el hecho de que Camila pertenecía a la “buena sociedad” lo que determina su muerte. Se necesitaba un castigo ejemplar porque la situación general, y en esto coincide la mayoría de los historiadores, se volvía caótica.

Desde la perspectiva del sueño, Molina considera y presenta las distintas causas para este castigo injusto. Le otorga a Rosas el beneficio de la duda; señala que el hombre y el gobernante deben de haber entrado en conflicto. La idea de que su hija u otras jovencitas de la sociedad se atrevieran a la Poesía siguiendo el ejemplo de Camila era inconcebible para el Restaurador. El amor de Camila, que conlleva la desobediencia al padre, a Dios y al Restaurador, se vuelve peligroso e inadmisibles en la sociedad del siglo XIX⁴. La sentencia de Molina en este punto es interesante: “Como hombre, es con la muerte de Camila donde descubre su verdad” (Molina:276), su miseria humana.

El poder político en la época de Rosas encuentra su máxima expresión en la prisión de Santos Lugares. Es sabido que el destino original de Camila era la Casa de Ejercicios, donde se acondicionó una celda para la joven. La fatalidad alteró la decisión del Restaurador y el rumbo de los amantes que fueron enviados a prisión.

Xamier Marmier describe Santos Lugares como el “*edificio principal de la política de Rosas*” (Busaniche: 104). Los condenados a esta prisión no tenían derecho a ninguna defensa o reclamo; sólo la voluntad de Rosas que los había conducido a la prisión podría sacarlos de allí. No se sabía qué ocurría en esta prisión exactamente sino a través de rumores. Se sabe que muchos ciudadanos permanecieron en esa prisión por años sin ser acusados de nada y sin que mediara ningún proceso para su liberación o condena última. Esta sombra también pesa sobre las espaldas del Restaurador y esa prisión anticipa en la historia de alguna manera la detención y muerte de tantos jóvenes argentinos un siglo y medio después.

En ese entonces, Santos lugares estaba a cargo de Antonino Reyes, un hombre que estuvo al lado de Rosas la mayor parte de su gobierno y que le fue leal siempre. Reyes entabló una relación de amistad muy estrecha con Manuelita. Desde el exilio, mantuvieron una fluida correspondencia hasta la muerte de Reyes en 1897.

Tal como lo presenta Molina, el derramamiento de la sangre pura, apasionada e inocente de Camila persigue a todos los que tomaron parte del hecho hasta el momento de su propia muerte. El crimen es miasma presente en cada uno de sus actos. Reyes vuelve a Santos Lugares treinta y tres años después de la muerte de Camila, es decir en

1881, con Saldías- un historiador del revisionismo- y aún siente el pesar de no haber podido evitar aquel crimen nefasto. En 1892, escribe a Manuelita preguntándole por los motivos que llevaron a su padre a tomar semejante decisión. Desde Inglaterra, Manuelita, una mujer de edad que ha olvidado su amiga porteña, confirma las palabras de su padre otorgándole la autoría exclusiva del hecho para siempre.

Los sucesos de Santos Lugares aparecen en el texto en la doble vertiente, la histórica y la poética, rodeados de la atmósfera del sueño. La vacilación, angustia y lucha de Reyes, el conflicto de los soldados, la solidaridad de los presos y la condena brutal de los padres de la iglesia y de la tierra conforman la escena última de la vida de la joven. La criatura se lleva consigo todos sus dones intactos: “Dios había hecho para ella un mundo feroz, pero aún en él era una reina, establecía su ley” (Molina: 302).

Se cree que Camila estaba embarazada en el momento de la detención. Esto no salva a la joven que debe morir con su hijo para que el discurso del poder político se fortalezca y el del amor se debilite, se condene y no resurja. El recuerdo de Camila debe evocar solamente su última pasión- la del paredón de fusilamiento- en la cabeza de las jovencitas de la sociedad porteña que podrían comenzar a desobedecer los designios paternos alentadas e inspiradas por el poder de la Poesía. Rosas entendió que matar a Camila significaría matar la Poesía que en ella había, mas nunca comprendió el poder absoluto y eterno de la Poesía sobre cualquier poder terrenal.

Existió de algún modo en el discurso de la época la intención de mostrar que Camila había sido seducida por el sacerdote e instada a la huida como una pobre niña que se deja arrastrar por la voluntad de los otros por su inocencia, por la falta de discernimiento. Es interesante considerar este dato para la caracterización del discurso del poder. Pero es absolutamente comprobable que Camila huyó por su voluntad para salvaguardar y vivir su amor. De ello es prueba el testimonio que aporta la clasificación -el sumario- realizada unos días antes de su muerte.

3.1.2 Poder religioso

La permanencia y la fuerza del discurso del poder religioso está garantizada desde el poder político en este periodo. Como dijimos antes, Rosas está obligado a velar por la fe católica y la santa Iglesia. Debe mantener el orden político y religioso con su discurso.

Sumida en la hipocresía más profunda, la Iglesia no puede aceptar la condición humana de uno de sus miembros y exige la pena máxima por su pecado. Uladislao Gutiérrez era tucumano y había llegado a Buenos Aires para hacerse cargo de la Parroquia del

Santo Socorro. Allí conoce a Camila O’Gorman que cumple sus deberes religiosos en esa iglesia. Canta en el coro y enseña el catecismo acorde a las buenas costumbres de la época para una joven de sociedad.

Como dijimos, el primer encuentro entre Camila y Uladislao ocurrió en la Iglesia del Socorro. Molina narra este momento fundiendo en un solo plano las verdades histórica y poética. Su prosa surrealista nos hace transitar el pasado, el presente y el futuro en la misma oración⁵. A partir de la primera mirada de reconocimiento, los jóvenes quedan unidos para siempre:

“(Camila) tenía los ojos fijos en él, muy abiertos, con una expresión de éxtasis y terror, pues en ese instante él desaparecía en una visión: desde el fondo de una larga alameda ambos llegaban a toda carrera (...) Llegaron juntos al pie del altar, jadeantes, y rodaron atravesados por las balas. Desde ese instante quedaron unidos por la predestinación” (Molina: 128).

Camila y Uladislao se enamoran. Este amor, condenado por la sociedad, la Iglesia, la Ley y la Familia, no se presenta como algo natural en el comienzo de la relación. El discurso de la iglesia y la culpa invade con fuerza el cuerpo y el alma de Uladislao que ha jurado dar su vida por el Señor y ha hecho los votos de celibato.

En la novela este conflicto tan humano es descrito poéticamente mediante la pelea del sacerdote con su sotana. La sotana ataca a Uladislao momentos antes de la partida y se envuelven en una lucha encarnizada, cruenta. El escenario se monta paulatinamente, los espectadores son los santos y las vírgenes. La sotana primero intenta seducirlo regalándole aromas de mujer e instantes de su infancia para volver a arremeter contra él más cruelmente aún. Casi vencido, Uladislao toma coraje y derriba la sotana de un golpe; ésta se arruga, se reduce y se incendia. Uladislao es ahora libre para vestir otros trajes y para amar a una mujer. Una vez más, la verdad poética se anticipa en el texto a la verdad histórica y se funde con ella en una sola voz.

El conflicto es expuesto también mediante los delirios que sufre Uladislao. El más mortificante es la imagen de una mujer hermosa en la cruz. La cruz, símbolo de la inmolación del hijo de Dios para salvar a los hombres de sus pecados, juega aquí un rol anticipatorio. Uladislao y Camila son sacrificados porque los hombres no pueden entender el Amor.

El discurso de la Iglesia se opone al amor puro de dos jóvenes y los condena. La fuga

de los amantes se resemantiza- como tantos otros elementos en el texto y en la vida- y pasa a ser un sacramento ya que es la consagración del amor de los jóvenes.

Molina hace alusión a ciertos documentos que prueban que Camila y Uladislao huyeron hacia el norte y tomaron un baño en el río Pilar. Hasta aquí la verdad de la historia. Este baño simboliza -como lo narra exquisitamente Molina- el nacimiento, la nueva vida y el bautismo. Hay un aspecto mítico en esta descripción; Camila al bañarse deja su molde en el agua para siempre y de éste se producen Camilas líquidas constantemente. Se resalta el aspecto cíclico de la historia y el hecho de que la joven sería una leyenda para la posteridad.

La sociedad no les permitió amarse siendo Camila y Uladislao, entonces ellos convendrán llamarse de otro modo. Aparentemente usaron primero los nombres de José y Florentina pero el primero de febrero de 1848 adquirieron pasaportes con los nombres de Valentina Desan y Máximo Brandier. Con estos nombres se instalaron en Goya, donde fundaron la primera escuela del lugar.

También en la delación opera una cuestión de poder religioso ya que es un sacerdote quien los entrega. Aparentemente en una fiesta que ofreció un pariente de Camila, Gutiérrez y Camila son invitados por ser los nuevos maestros de la comunidad. Allí, Miguel Gannon, un sacerdote irlandés, reconoce a Uladislao y lo delata. Del mismo modo que Camila es rechazada por los suyos, Uladislao sufre el desprecio de sus compañeros. En lugar de dejar al Dios supremo dirimir esta cuestión, el sacerdote prefiere entregar los amantes al tirano Juan Manuel de Rosas.

La elaboración poética de Molina respecto de este aspecto es muy sugestiva. El coronel González es uno de los primeros en interrogar a los amantes en Saladillo (Santa Fe). Este coronel, que en su testamento encomienda su alma a San Vicente Ferrer y al Restaurador de las Leyes, es introducido en el texto a partir de su devoción por Rosas:

“González fue tocado por la gracia federal y su vida perteneció desde entonces al Restaurador, cuyo evangelio se dedicó a predicar, un verdadero apostolado que cumplía henchido de una fe inalterable, en busca de prosélitos con punta de cuchillo.” (Molina 242-3)

González es uno de los eslabones de la cadena que lleva a Camila y Gutiérrez desde Goya a Santos Lugares, un jefe militar que acataría cualquier orden del supremo jefe o del “*jefe-Perro*” como lo llama Molina. Creemos que la relevancia de esta alusión yace

en el hecho de que la adhesión y el fanatismo por Rosas excedían muchas veces el plano político. Rosas era para algunos divino⁶. Vemos cómo los poderes político y religioso se relacionan nuevamente. Sin citar la fuente, Molina dice que algunos documentos indican que el Coronel González o Carancho del Monte intenta interceder ante su compadre el Restaurador por los amantes después de entrevistar a Camila sin lograr nada.

Si la fuga se presenta en el texto como el sacramento del matrimonio, el camino hacia Santos Lugares- su última morada- representa la consagración definitiva del amor de los jóvenes. El juego de imágenes es interesante aquí: los amantes son transportados “cubiertos de polvo y de injurias como verdaderos reyes, en el corazón de la luz. Nada podrá separarlos jamás, en camino hacia su consagración, a la catástrofe de todo amor” (Molina: 287).

La verdad poética introduce el embarazo de Camila. Como en un sueño y al igual que la Virgen María, Camila recibe la Anunciación de boca del Arcángel que se presenta para darle su mensaje de vida. Luego, anticipando su pasión, el gallo cantará tres veces sobre su cabeza. La utilización de imágenes religiosas y el juego en el nivel del intertexto son recursos muy explotados por el autor⁷. En el plano de la verdad histórica, Camila descubrirá su vientre y pedirá un médico porque necesita cuidados especiales (Molina: 296-9).

En la presentación de Molina, Camila y Uladislao son los elegidos del Señor. Esta fuerte imagen religiosa coloca a los amantes en el lugar de quienes dan la vida por los otros, como Jesús, para lavar los pecados de los hombres y permitirles una vida plena de amor (Molina:297). Al igual que Jesús, los jóvenes son condenados por la incapacidad del hombre para comprender el amor.

Hasta el final de sus vidas, Camila y Uladislao están marcados por el poder religioso. Reciben los “auxilios espirituales” de un sacerdote que los visita en sus celdas. Asimismo y aun siendo sacrílegos, la presunción de embarazo de Camila hizo obligatorio que tuviera un bautismo de boca “*por las dudas si había preñez*” según rezan los documentos de la época. Esta es otra de las grandes contradicciones del discurso religioso, parte de la doble moral imperante. La Iglesia convalidó el asesinato de la niña pero salvó el alma de su niño por medio del bautismo.

3.1.3 Poder familiar

“Le predicán la virginidad, el catecismo, las conveniencias, la costura, el matrimonio y la sumisión. Pero cuando hablan de

bodas no es en ella en quien piensan, sino en casar a la familia. Ella es un objeto, una propiedad de la bella familia, del cual ésta debe obtener ventajas.” (Molina:122)

Intentemos ahora ver cómo se constituye la familia O’Gorman para comprender mejor su discurso. En la familia O’Gorman existe un ascendente irlandés que guiará la búsqueda por lo desconocido y la pasión de ser, un ascendente español y uno francés.

Miguel O’Gorman nació en Irlanda en 1736, se doctoró en medicina en Francia y llegó a Buenos Aires con Pedro de Cevallos en 1777. En 1780 fundó la escuela de medicina o Protomedicato, dando los primeros pasos en nuestro país en la enseñanza de la medicina. Existe un monumento en la Universidad de Buenos Aires, en la Facultad de Medicina en su honor.

Años más tarde, su sobrino, Thomas O’Gorman, inspirado por el espíritu de su tío se aventura y parte hacia la Isla Mauricio donde conoce a Ana Perichon de Vandeuil y Abeille. Se enamoran y deciden instalarse en Buenos Aires con la familia de Ana. Se dice que el matrimonio no funcionó porque ambos eran de naturaleza muy independiente y apasionada. El matrimonio tuvo dos hijos Tomás y Adolfo O’Gorman. Por su condición de libre y apasionada contraria a la época, Ana debió abandonar Buenos Aires en distintas oportunidades. Su belleza isleña conquistó a grandes personajes de la historia con los que se la vinculó sentimentalmente⁸. Molina la presenta exquisitamente como la Maga y la sociedad porteña la recuerda como la “Perichona”.

Es indudable la influencia de esta abuela en la vida de Camila que muere sólo diez días antes de la huida de la niña. Adolfo O’Gorman se casó con una dama de la sociedad, Joaquina Ximénez Pinto que era descendiente de una familia española establecida en el país en el siglo XVII. Tuvieron seis hijos, uno de ellos Camila. Molina describe la Casa de Camila y muestra claramente la configuración de la familia nuclear de Camila. Presenta a Adolfo O’Gorman como el amo, dueño y señor de todo y de todos. Su voluntad debe acatarse como la voluntad de Dios y sus actos marcan los pasos del funcionamiento del hogar. Es el miembro de la familia que goza de todos los privilegios sociales, morales y patrimoniales. Su moral es incuestionable, lo cual le permite participar activamente del discurso de la Hipocresía. O’Gorman, al igual que muchos otros hombres de su condición entre ellos el Restaurador, es adúltero.

La vida cotidiana está signada por la represión de la individualidad, de las pasiones, del ser. El deseo, la frustración y la cólera mueren ahogados sin siquiera ser advertidos. Las consecuencias de este hecho son obvias: en el ámbito de la Familia se observan los

deseos del Padre; en la Iglesia los del Obispo y en la sociedad, los del Restaurador. Es probable que la necesidad de reunirse bajo la protección de una figura paternalista, que señalábamos antes, pueda extenderse a otros sectores de la sociedad.

Camila tiene cinco hermanos, tres varones y dos mujeres. No ha de llamar la atención que no exista mucha información sobre sus hermanas. Los varones Enrique y Eduardo desempeñaron roles sociales muy activos. Eduardo fue sacerdote, formó parte de la Junta Popular y fue diputado desde 1862 hasta su muerte. Enrique fue Jefe de Policía y Juez de Paz. Fundó la Penitenciaría Nacional y fue su primer director.

En la familia O’Gorman había cuatro hombres y cuatro mujeres. El padre detentaba un autoritarismo salvaje sobre todos los integrantes de la familia mediante su instinto feroz que se traducía en la Ley; Enrique se dedicó a Dios e intervino activamente en la legislación de las leyes de su país; Eduardo se dedicó a castigar a quienes no cumplieran con las leyes de ese país. Las palabras de Molina son concluyentes: “Hermoso conjunto familiar: un padre que clama venganza, un Jefe de Policía y un Sacerdote” (Molina:101).

En la sección de la novela que Molina dedica a la familia de Camila, el poeta introduce ciertas reflexiones acerca de los roles sociales de un sacerdote y un policía que sirven para caracterizar los miembros de la familia O’Gorman y la sociedad al mismo tiempo.

Respecto del policía, a través de la voz del narrador, señala que su labor produce temor y desprecio en la gente y que todo policía se caracteriza por su inclinación al resentimiento y al sadismo: su prepotencia como respuesta al rechazo que produce siempre queda impune. Su sangre adquiere un color “*gris penitenciario*” y su trabajo se equipara al del delincuente, con quien comparte un mismo código. El sacerdote se ocupa de difundir la “*noción maldita del pecado*” oponiéndose a la pasión de los cuerpos que se aman, condenando los placeres del sexo. Aun con todo, entre estos dos hermanos que profesan el discurso de la familia, la Ley y la Religión, “Camila es el amor (...). Sólo Camila es maldita, porque es la Poesía” (Molina:103).

Por su parte, las mujeres quedan neutralizadas en la mayor de las sumisiones del cuerpo y del espíritu. Es comprensible que en una sociedad paternalista y autoritaria, la mujer temiera los castigos terribles del Restaurador y del *pater*. Pero es imperdonable la cobardía absoluta y cómoda ante la muerte de una hija inocente. Todos participaron de la condena brutal e injusta, todos la convalidaron de una u otra forma.

El padre pidió que se castigara el crimen atroz de la niña y ninguno de los otros miembros de la familia O’Gorman luchó por que este castigo no se llevara a cabo. Se cree que la familia presenció la ejecución. Allí Molina observa que los únicos que mostraron compasión por la joven fueron los otros presos, aquellos seres considerados

socialmente indeseables y repudiables. Son esos los hermanos verdaderos de Camila que la acompañan en su sufrimiento hasta el fin. Y aquí hay nuevamente un cruce de imágenes religiosas. Jesús muere en la cruz acompañado de dos ladrones.

El discurso de la familia es cruel y violento y participa del discurso que engloba a todos los demás: el de la Hipocresía cuyo mayor exponente es la sociedad considerada en su conjunto.

3. 2 Cruce de poderes

“Cautiva en la asfixiante trilogía de la Familia, la Religión y el Poder, en la red de sus entrelazados intereses ¿qué podrá hacer cuando ame sino seguir la fatalidad de la poesía, la verdad vital de su ser?” (Molina: 123)

Como hemos dicho a lo largo de este trabajo, los discursos del poder político, religioso y familiar se convalidan mutuamente. En la novela, esta relación encuentra su expresión máxima en un fragmento que recoge la condición humana y la miseria de cada uno de los exponentes de estos discursos: Rosas, el señor O’Gorman y el Obispo. A continuación citamos el fragmento.

“Ante la fuga de Camila, tanto Rosas como el señor Obispo y el señor O’Gorman se sintieron insultados (intolerable desobediencia a su autoridad), burlados (esa niña se reía de los poderes que encarnaban), defraudados (se negaba a aceptar el papel de cosa, en sus distintas jurisdicciones), excitados (desencadenaba en sus mentes toda clase de imágenes lascivas), despechados (impotentes para poseer un objeto sobre el cual tenían todos los derechos), desgarrados (entre fantasías que la imagen de Camila sacrílega despertaba en sus mentes, y el enunciado de sus dogmas morales, a los que estaban ligados sus intereses), tantalizados (ante una presa que huía siempre sin dejar de estar al alcance de sus manos), despreciados (un intruso gozaba descaradamente las gracias de las que eran propietarios), frenéticos de celos(día a adía asistían, sin perder detalle, a las compli-

cadass maniobras eróticas de la pareja) (Molina: 186-7)⁹.

La fuga de Camila representa el fracaso de estos poderes y discursos que se debilitan ante el amor puro e incondicional de la joven. Ella, que era la hija del señor O'Gorman, la fiel devota y obediente de las leyes divinas y humanas, se independiza y se entrega al amor para redefinirse como ser único desde la Poesía, una elección de vida que nunca abandonará.

En la novela, se presenta el probable reproche entre estos sectores. Por un lado, Rosas es atacado por su incapacidad para mantener el orden y evitar una situación de este tipo. Por el otro, ni la familia de Camila ni la Iglesia formaron a la niña para que rechazara el solo pensamiento de enamorarse de un sacerdote. Es interesante ver en la presentación de Molina que todos temen la reacción de Rosas frente a la situación y poco piensan en las razones que llevaron a los jóvenes a escapar. Molina lo expresa genialmente de este modo:

“La Jerarquía Eclesiástica y la familia se hacían mutuos reproches. Un ministro de Dios perdido por una enviada del infierno, víctima de manejos demoníacos, cómo la familia permitía semejantes caderas, semejantes piernas, el vertiginoso sexo de ese sexo de muchacha. Una inocente niña presa de la lujuria eclesiástica, qué hacer cuando los sacerdotes prostituyen a las devotas, a quién clama entonces una familia honesta. Sólo el terror que les provocaba la cólera del Restaurador apagó sus recriminaciones, los unió en busca de la salvación común” (Molina: 174).

Nunca sabremos exactamente cómo se sucedieron algunos de los eventos. Si podemos afirmar que nadie apoyó a los jóvenes ni los defendió. El pedido de un castigo ejemplar por parte del padre y de la Iglesia contribuyó con su violencia a la violencia del discurso del Poder. En el caso de la familia, el pedido de este castigo es lo único que podía desvincular a O'Gorman de la falta de su hija y limpiar su buen nombre. Las voces de todos los sectores están representadas en el texto.

Los discursos de la Ley, la Familia y la Iglesia propalan la represión ideológica, religiosa, sexual y familiar. A partir de allí, Molina introduce en su texto las imágenes reprimidas que posiblemente experimentaban los miembros de esta sociedad constreñida. Des-

cribe las acciones de represión que hubieran ejercido los detentores del poder. El Obispo procede a un exorcismo, el padre resuelve entregarla al sacrificio y el Restaurador no puede tolerar el brillo de la pureza de ese amor y debe retroceder: “Quienes se aman deben morir” (Molina:190). La verdad poética se anticipa en este caso a la verdad histórica. El fin es conocido; su padre exige un castigo ejemplar y Rosas resuelve la condena fatal.

Ninguno de estos poderes podrá modificar la verdad de Camila, que es un ser libre para siempre. La verdad poética de la pluma de Molina se adelanta a la verdad histórica en la novela una vez más. Como dijimos antes, en su clasificación Camila expresa que actuó por su propia voluntad y que si el hecho se considera un crimen, ella es doblemente culpable por haber insistido en la idea de la fuga. En palabras de Molina:

“(…) su pasión, de todos modos, cuestiona hasta las raíces el orden que la condena (...) es invulnerable a los sombríos poderes que la destruyen, amor y desesperación se funden en ella, colman con una única verdad su ser entero, como una revelación (...) posee una libertad total, ninguna ley, ningún catecismo, ningún vínculo de familia o del cielo puede oponérsele” (Molina: 286)

Las últimas palabras de Uladislao para Camila muestran también la victoria del amor frente a la hipocresía y cobardía del hombre que los condena. Nunca sabremos si Gutiérrez sintió alivio al saber que su mujer moriría con él. Así lo presenta Molina al introducir la nota que Gutiérrez escribe a Camila antes de morir:

“Camila mía:
Acabo de saber que mueres conmigo.
Ya que no hemos podido vivir en la tierra unidos, nos uniremos
en el cielo ante Dios.
Te abraza – tu – Gutiérrez.” (Molina:307)

La sociedad mata a estos seres pero no puede matar su amor. A partir quizás de las propias palabras de Uladislao, Molina resignifica el fusilamiento y lo trata como la oportunidad tan esperada de vivir el amor, de yacer juntos aunque sea en la muerte.